

SECCION DOCTRINAL (1)

LA FAMILIA

II

Y hasta aquí no he hecho más que sorprender al hombre en el instante de su nacimiento y seguirle en el curso de su juventud; pero hay otros puntos de vista, desde los cuales debe mirarse la cuestion.

No hay un procedimiento racional más legítimo que la induccion, que se funda en la constancia y universalidad de los hechos. Observando que un cuerpo arrojado de lo alto cae siempre al suelo, si no hay un obstáculo material que lo detenga, inferimos lógicamente que la gravitacion es una ley de los cuerpos: pues, ¿por qué no hemos de aplicar á las ciencias morales y políticas este mismo criterio, al cual debe la humanidad casi todos sus progresos? No hay viajero que haya encontrado en parte alguna del globo al hombre salvaje solo, sin mujer, sin padre, sin hijos, sin hermanos: donde quiera se le ha visto viviendo en familia, á pesar de su ferocidad, templada por los afectos, que no pierden del todo su imperio, ni áun en el estado de barbarie. ¿Por qué, pues, no hemos de decir que la familia es la ley de los hombres, como la gravitacion es la ley de los cuerpos?

La induccion tiene aquí mayor fuerza y se torna en evidencia, porque á la *constancia y universalidad* del hecho, se agrega su *necesidad*, fundada en las condiciones de la naturaleza exterior y en las del hombre.

(1) Con el presente número de la Revista repartimos gratis á cada uno de nuestros suscritores dos ejemplares de la *hoja popular* titulada *La Lectura de los Pobres*, para que propaguen su lectura en todas las clases de la sociedad por todos los medios que juzguen oportunos. En la seccion de Crónica puede verse el anuncio de este nuevo servicio que establecemos para *defensa de la sociedad*.

El nacimiento de un niño, su crianza y educación hasta darle la capacidad de gobernarse á sí mismo, presuponen necesariamente, no ya la existencia de su madre, unida pasajeramente á un hombre, sino la de una ó más familias, que han hecho habitable con el sudor de su frente el rincón del mundo en que viven, que han construido una morada, que poseen los medios de sustentarse, y que hablan una lengua. La certeza de esta deducción descansa, como hemos visto, en las condiciones de la tierra, anteriormente á su transformación por el trabajo humano, en las necesidades físicas del hombre, aparte ahora de las intelectuales y morales, y en la absoluta impotencia del niño para inventar un idioma, que sólo puede llegar á poseer aprendiéndole de los labios de sus padres.

¿Y quién enseñó á estos á hablar, quién hizo habitable el bosque en que nacieron, quién sustentó, crió y educó al primer niño? Hémos aquí, señores, enfrente de un problema pavoroso, y á mi juicio insoluble para la filosofía; el del origen de las lenguas y de la especie humana.

No es en rigor propio de la ciencia del derecho remontarse á los tiempos pre-históricos, porque esto equivale á huir de la realidad y engolfarse en el piélago de las conjeturas y las hipótesis. Sólo con esta protesta me aventuro á penetrar en él y presentaros algunas reflexiones.

Hay quien supone que las lenguas son una invención del hombre. ¡Qué delirio! ¡Lástima que un deber de humanidad impida hacer un ensayo que, sin esto, sería fácil, y acabaría para siempre con teorías insensatas, hijas del orgullo y la soberbia! *El idioma más imperfecto es una obra maestra de lógica.* El espíritu humano ha necesitado un largo aprendizaje, ántes de crear la ciencia que se llama gramática general ó filosofía del lenguaje, que no es más que la explicación *á posteriori* de los principios á que obedece y de las reglas por que se rige la palabra. Verdad es que el arte poética tampoco ha nacido sino des-

pues de creados los grandes modelos, y que lo propio sucede en los demas ramos del saber: la inspiracion precede, por lo regular, á la ciencia. Pero hay aquí de particular, que la palabra es un *instrumento necesario para el desarrollo de la razon humana*, por lo que se ha dicho con acierto que para inventar la palabra se necesita la palabra. Es esta un auxiliar tan indispensable del pensamiento, que se confunde con él de tal manera, que no podemos pensar sin hablar interiormente, ni hablar sin que pensemos al mismo tiempo. A mis ojos, cometen un sacrilegio los que intentan romper el lazo misterioso que une estos dos dones del cielo. Apartemos la vista de las tribus salvajes de la Oceanía; no nos fijemos siquiera en nuestros vecinos los árabes: basta que observemos atentamente, dentro de nuestro país, á ciertos campesinos de algunas de nuestras provincias, incomunicados gran parte del año por las nieves con el resto de los españoles. Contemplando á esos seres desdichados, que viven en el embrutecimiento y la abyeccion, y que, no obstante tener una familia, pertenecer á un municipio, ser miembros de una nacion civilizada y haber aprendido de sus padres á surcar la tierra con el arado, á apacentar los ganados, y, sobre todo, una lengua y una religion, parecen ménos inteligentes que un caballo de escuela ó un perro educado en una de nuestras grandes ciudades, no sé cómo hay quien pueda tener fe en la intuicion del niño salvaje, que, sin maestros y *solo*, sin tener que cambiar sus ideas con nadie, inspirado, no sé por quién ni para qué, toda vez que la palabra es inútil si no sirve para comunicarse, al exhalar algunos gritos por ensanchar el pulmon, ú obedeciendo á la tendencia que tiene el hombre á ejercitar sus facultades, crea inconscientemente el sanscrito ó el hebreo, el idioma de Atenas ó el del Lacio. Yo nó tengo tanta confianza en la potencia creadora del jóven imberbe ó del hombre solitario de los bosques: no puedo creer que de sus labios inspirados salga

ya formado el idioma, como decian los gentiles que habia nacido Venus de las espumas del mar.

Pero ¿de qué serviria que ese niño, abandonado á su suerte desde el nacer, tuviera tan feliz y milagrosa inspiracion? Errante por las selvas, si por dicha al llegar á la edad madura, encuentra á otro hombre y quiere formar sociedad con él, aunque Dios haya hecho otro milagro, si no han coincidido en el invento, y el uno habla el sanscrito y el otro el idioma germánico, será imposible que se entiendan ni celebren ningun pacto.

Y aunque de una en otra hipótesis, á cual más absurdas, y que quitan su seriedad á la investigacion filosófica, convirtiendo á la ciencia en un juego de niños, lleguemos hasta suponer la posibilidad de que dos seres errantes que no se han comunicado entre sí ni con otro ser alguno, coincidan en la invencion de un mismo idioma, siempre quedará en pié la dificultad de su origen. ¿Han nacido como los demas hombres? Entónces, es claro que sus padres han provisto á su subsistencia, que han asistido á su crecimiento y desarrollo, que han formado su corazon, que han nutrido su entendimiento y le han enseñado su propia lengua. Hay que reproducir en tal caso respecto de los padres la misma pregunta hecha acerca de los hijos, porque faltan sino las condiciones que se requieren para la realizacion de la hipótesis del hombre solitario, del Arya ó semita primitivo, que sin haber vivido nunca en sociedad, sin recuerdos, sin enseñanza, sin tradicion, por una intuicion misteriosa y sólo en virtud de su energía creadora, inventa el lenguaje humano.

Se ve, pues, que el problema de las lenguas está indisolublemente unido al del origen de la especie humana. Poco importa para mi tésis que las lenguas semíticas tengan ó no parentesco con las lenguas indo-europeas. En uno y otro caso, hay que admitir forzosamente la idea de que el primer hombre y la primera mujer, ó para no prejuizar

la cuestion de la unidad, los primeros hombres y las primeras mujeres han venido al mundo completamente formados. Pero, entónces, la familia es tan antigua como la humanidad, y no tiene razon de ser la hipótesis del hombre solitario.

¿A qué fin conduce tampoco, en tal caso, aguzar el ingenio y ponerle en tortura para explicar la invencion del lenguaje? Puesto que desde el principio del drama hay que apelar al *Deus ex-machina*, lo mismo cuesta imaginar al hombre y á la mujer á quien está unido, formados de improviso, que atribuirles desde el instante de su formacion el uso de la palabra. Obligada la razon humana á admitir lo primero, no hay ni pretexto siquiera para que se niegue á admitir lo segundo: lo lógico, al revés, es no admitir lo uno sin lo otro, porque es repugnante creer que el hombre y la mujer viven juntos y que no tienen medios de comunicarse.

Temo, señores, que me acuseis de no discutir seriamente, ó de malograr el tiempo en demostraciones inútiles y ocupar vuestra atencion con observaciones vulgares y pueriles. Protesto con la mayor sinceridad que mi intencion es examinar á fondo y formalmente las cuestiones que voy tocando, las cuales son á mis ojos de la mayor gravedad y trascendencia. Lo que hay es, que prefiero á las afirmaciones dogmáticas y á las abstracciones filosóficas, que muchas veces destilan sobre la sociedad el virus que corrompe sus ideas y sus costumbres, oculto entre ramos de bellísimas flores, entretejidas por la imaginacion y la elocuencia, que en funesto consorcio seducen y subyugan á la razon, usurpándola su trono, el método *analítico*, más modesto y árido, pero ménos expuesto al error; porque huyendo de hipótesis atrevidas, busca la realidad y la sigue en sus multiplicados giros, sin disimular sus asperezas ni atenuar sus deformidades. Os ruego, por tanto, que seais tolerantes conmigo, y sigais prestándome vuestra

benévola atención, porque si demuestro que el hombre no ha vivido jamás, ni puede vivir fuera de la sociedad y de la familia, vendrán con esto solo al suelo, no sólo la teoría de Rousseau, que tantos estragos va causando en Europa, sino también la doctrina de Krausse y la de algunos economistas, en lo que tienen de erróneas y exageradas, y sobre todo los sistemas comunistas y socialistas.

Nuestros primeros padres no han nacido ni han sido criados como nosotros: esto es evidente. O son hijos de la tierra que les produjo en una de sus infinitas evoluciones, ó surgieron de alguna de las razas de animales que poblaban el globo, ó fué Dios mismo quien los formó á su imagen y semejanza. De estas tres hipótesis, hay que elegir una forzosamente, toda vez que el hombre no ha podido formarse á sí propio antes de existir: la nada no produce nada; no hay efecto sin causa.

Paréceme, no sólo una impiedad, sino un crimen de lesa razón, atribuir á la materia la virtud creadora del pensamiento, siendo tan distintas y opuestas ambas esencias; y en cuanto á los filósofos materialistas que con estúpida complacencia se hacen descendientes del orangután, ó del chimpacé, ó del gorilla, ó de la especie ignota y que suponen extinguida de los antropiscos, me recuerdan á ilustres damas de nobilísima estirpe y régia cuna que, colocadas por la ley y el nacimiento en la cima de la sociedad, como Lucrecia Borgia ó Catalina de Médicis, descienden, sin embargo, envueltas en el fango de la prostitución, hasta la clase más abyecta. Teorías tan absurdas y que tanto ofenden la dignidad humana, no merecen siquiera los honores del exámen. Por más que el hombre intente renegar de su divino origen, para libertarse, sin duda, de los grandes deberes que le impone su misma noble alcurnia, á la postre no tiene más remedio que echarse en brazos del Génesis, y aceptar la tradición mosaica,

única explicacion racional del origen de la especie humana.

Buena prueba de ello nos dan los apóstoles de nuestros dias, y singularmente la filosofía krausista, que al sondear el alma humana con el estilete de la razon, encuentra en el fondo de la conciencia la idea religiosa como un elemento constitutivo de nuestro ser, y pasando en seguida revista á todas las religiones positivas, inclusa la de Cristo, y hallándolas muy por bajo de las necesidades de la sociedad actual, y de los progresos del espíritu moderno, acomete la titánica empresa de regenerar al mundo con la predicacion de una religion nueva.

Insensato es, á mis ojos, confesar que á la humanidad no le basta la *ciencia*, sino que necesita la *fe*, y hacerse al mismo tiempo la ilusion de que un filósofo, hablándola en su propio nombre, sin invocar otra autoridad que la suya, pueda llegar á imponerla una *creencia religiosa*. La humanidad, que frecuentemente se rebela contra Dios, es demasiado soberbia para prosternarse ante un hombre. La contradiccion, por otra parte, es palmaria, porque lo que así dais al genero humano, es la *ciencia* y no la *religion*, que desaparece como elemento distinto de nuestro ser, si es suficiente la razon para explicar el origen del hombre, el principio del universo, la naturaleza de Dios, causa de sí mismo, sin principio ni fin, las relaciones entre el Creador y las criaturas, y en suma, todas las esencias, y los inescrutables misterios en que están envueltos la creacion y su divino Autor, y si suponeis ademas que el espíritu humano ha de hacer tales y tan generales progresos, que basta que unos cuantos filósofos—si por ventura pudieran ponerse de acuerdo—propaguen la nueva doctrina por el mundo, para que universalmente la acepten las hoy ignorantes y apasionadas muchedumbres, de tal modo que sean en el porvenir verdades triviales que iluminen el entendimiento más rudo con la viva luz de la evidencia y

estén sujetas á una demostracion matemática, esos indecifrables y pavorosos enigmas que hasta ahora y durante centenares de siglos han sido para los sabios la esfinge tebana.

Mas como quiera que sea, pues no pretendo discutir hoy los propósitos excesivos de la escuela krausista, es lo cierto que Thibergen, que es su Mesías, despues de haber hecho la crítica del cristianismo, y de haber intentado demostrar que habiendo hecho ya su camino en el mundo, debe retirarse de la escena y ceder su puesto á la religion del porvenir, al echar los cimientos de la creencia nueva. pinta al hombre, en su infancia, feliz bajo el imperio de la inspiracion; es decir, que admite una edad de oro ántes de la edad de hierro, el paraíso del Génesis ántes de la caída de la humanidad por el pecado.

Poco importa, pues, que el género humano se divida en quince razas, como pretende Bory de Saint-Vincent, ó solamente en cinco, como quieren Blumenbach y W. Lawrence, la americana, la malaya, la caucásica, la mongola y la etiópica.

Poco importa, asimismo, que esas diversas razas sean, como sostiene Buffon, simples variedades de una misma especie, ó que, como piensa Saint-Vincent, formen otras tantas especies primitivas, diferentes é irreductibles á una sola. Indiferente es, por último, que, aceptando la idea de la unidad, se considere la raza caucásica como el tronco de donde nacen todas las demas, ó que se otorgue el privilegio de la primogenitura á la raza negra, no siendo por tanto nosotros los europeos más que africanos degenerados.

Cualquiera que sea el derrotero que se tome para explicar el principio de la especie humana, ora se acepte el grosero materialismo de los enciclopedistas del pasado siglo, ora se siga la escuela racionalista, ora, en fin, se profese la doctrina mosaica y cristiana, con la cual está

conforme la tradicion religiosa de todos los pueblos, hay que empezar por un milagro: nuestros primeros padres no han nacido ni se han criado como nosotros, no han sido amamantados á los pechos de una madre, no han pasado por las debilidades de la infancia; han salido completamente formados de las manos de su Autor.

Pero entónces, ¿cómo es posible suponer un período histórico, más ó ménos largo, durante el cual el hombre haya vivido solo y errante en las selvas, perteneciéndose exclusivamente á sí propio, siendo dueño absoluto de su albedrío, *con una libertad ilimitada, sin deberes para con nadie, y usando y disfrutando de la tierra á su capricho?* No: si la humanidad empieza por la familia, todos sus miembros tienen *derechos y deberes recíprocos que se limitan mutuamente.*

Formados milagrosamente el primer hombre y la primera mujer, y unidos por el sentimiento del amor, comienza de un modo natural, y se verifica despues sin interrupcion y por los mismos trámites, en la serie de los tiempos, la reproduccion del género humano.

Es, pues, la familia un hecho primitivo, constante, universal, coetáneo de la humanidad.

El error de todas ó casi todas las escuelas modernas consiste en deducir el derecho de *solo el hombre*, hecha abstraccion del *medio* en que nace, se desenvuelve y muere, ó, lo que es lo mismo, con independencia de la familia, del municipio y del Estado. El hombre, así considerado, no es un sér real, es un ente imaginario que no existe hoy, que no ha existido nunca, ni áun en los tiempos prehistóricos, que es imposible que exista en parte alguna. El hombre es y no puede ménos de ser marido, padre, hijo, hermano, vecino, concejal, forastero, transeunte, residente, ciudadano, miembro del poder, nacional, extranjero, etc., y en último término individuo de la asociacion humana, y como tal en relaciones jurídicas y morales con

sus semejantes. Todos y cada uno de estos estados limitan su libertad y engendran derechos y deberes recíprocos y correlativos. La ciencia, pues, que para fundar el derecho, mira sólo al hombre, prescindiendo de las formas bajo las cuales se manifiesta necesariamente en el teatro de la vida, es radicalmente falsa, porque descansa en una abstracción sin realidad. Y ahora comprendereis, señores, por qué áun á riesgo de aparecer pesado y nimio, he mostrado tanto empeño en establecer y probar de un modo irrefragante que la familia es un hecho necesario y fatal, superior á la voluntad humana; de tal suerte que el hombre no es dueño de nacer fuera de ella, ni está en su mano dejar de pertenecer á alguna, ni elegir la que le plazca.

Analizad conmigo este hecho interesante, y os penetrareis de su inmensa trascendencia.

(Se continuará.)

MANUEL ALONSO MARTINEZ.



EL SOCIALISMO DE LA INTERNACIONAL ⁽¹⁾

Al considerar la audacia, con que, aprovechando las circunstancias políticas y poniendo á su servicio las vagas aspiraciones de las clases populares, se levanta otra vez el socialismo en son de venganza, más que de reparación, nada se encuentra más justificado que la diligencia con que se aperciben á la defensa los intereses nacidos bajo el patrocinio del derecho, ó al amparo de las leyes positivas, y que constituyen una buena parte del fondo de nuestras sociedades.

Que la situación es grave, que los síntomas denuncian grandes peligros, es cosa fuera de todo litigio. Pero precisamente los

(1) Las facetas de la actividad humana son numerosas, y á todas afecta la doctrina socialista; pero en este artículo, la cuestión de la Internacional ha sido reducida á la esfera de la ciencia, y áun esto en limitada extensión: la esfera dogmática, la jurídica, la artística, la industrial, etc., han sido eliminadas.

momentos críticos, por excitar más enérgicamente los sentimientos y las pasiones, reclaman mayor serenidad en la razón, mayor lucidez en el juicio, más medida y circunspección en el obrar, cuando de buena voluntad se busca el acierto en la solución. Remediar un efecto es expediente pasajero, pues que la causa persiste: el buen médico no se detiene en los síntomas sino para determinar el carácter de la dolencia.

Ahora bien: todo cuanto hasta aquí ha dejado traslucir la asociación Internacional de obreros acerca de sus fines, de sus tendencias y de sus medios, revela claramente que en el fondo de su vida no hay un pensamiento nuevo, una idea nueva con valor propio, sino que se mueve por el único impulso de un pensamiento muy viejo, de una idea desoladora, como consecuencia, y no más que consecuencia, de una doctrina sin crédito. No nos engañemos sobre la verdadera filiación de este postrer género de socialismo: si por formularse entre las clases menos cultas nos parece grosero, repugnante, miremos en torno nuestro con ánimo entero, y donde quiera hallaremos alguna vislumbre del materialismo que le anima, bien que velado por más agradable antifaz. Negar la familia, negar el sentimiento de nacionalidad, negar la propiedad, y el Estado y la religión, se resume todo en negar á Dios como sustancia distinta del mundo material, y esto se ha llamado siempre materialismo, hasta que Augusto Comte lo ha bautizado con el equívoco y seductor nombre de *positivismo*.

Poco importa el nombre. Las aspiraciones de la Internacional son las consecuencias naturales de un grosero materialismo en las esferas de la ciencia, del derecho, de la moral.

Puesto que el error socialista procede de un sistema filosófico, remedio muy eficaz ha de hallarse en la ciencia. No que rehusemos rechazar con la fuerza el error que se alza en armas, toda vez que la comunión social posee, como el individuo, un derecho de legítima defensa; pero semejante *estado de guerra de todos contra todos*, según la expresión de uno de los ascendientes de los modernos materialistas, seca en su misma fuente la corriente de la cultura, esterilizando las actividades individuales en su recíproca negación. Por esto la persecución violenta de los errores no puede ser permanente, sino momentánea, según las circunstancias aconsejen, tras maduro é imparcial exámen; ni es jamás con-

veniente, aún cuando la necesidad se imponga, porque en tales casos el que debe ser compadecido como iluso puede alcanzar la alteza del mártir.

El remedio eficaz, permanente contra el error, el único que puede ofrecer garantía á perpetuidad, no está, pues, en el momento excepcional del combate, sino en la ciencia como especulación errónea, en la moral como voluntad torcida. El hombre exterior, el hombre que vive y se desarrolla en el seno de una sociedad como miembro ú órgano de ella, es el mismo hombre interior que, en la soledad de su conciencia, piensa y siente; y sólo la claridad y la pureza en lo interior pueden asegurar el acierto y la rectitud en lo exterior. Transformar la conciencia es transformar la sociedad: no hizo más Jesus, y el mundo romano se ocultó en las sombras, para dejar en la plenitud de su resplandor al mundo cristiano.

La instruccion: hé aquí la única arma que ha de reducir á la impotencia á la Internacional. Pero importa mucho fijar el carácter de esta instruccion para no exponerse á más rudos peligros, puesto que la experiencia señala el pueblo de las ciudades por el más dispuesto á acoger los más funestos errores, y nadie podrá dudar que en la ciudad hay más cultura general que en el campo.

La enseñanza puramente profesional, como cualquier enseñanza exclusiva, envuelve peligrosas eventualidades. Las facces del espíritu humano son múltiples; la verdad se presenta en regiones muy distintas de la realidad; los caminos para alcanzarla son diversos; las fuentes donde ha de buscarse más de una. Y el que limita la accion de sus facultades á un solo órden, por un solo lado, en un solo manantial, más que saber, granjea orgullo; más que verdades, conquista errores. Buen testimonio de ello es el mismo Augusto Comte, que con ser matemático distinguido y físico apreciable, ha caido en el abismo materialista, por ignorar las facces variadas de la ciencia en cuanto una. Y si un sábio; si un espíritu asiduamente cultivado, encuentra tantos precipicios donde hundirse, el hombre del trabajo diario, material, ilustrado sólo por los débiles resplandores de una verdad parcial, destacada del cuerpo general del saber humano, confusamente enlazada á

sus ojos con las verdades del mismo orden científico, no puede ménos de agrandar sus aspiraciones á medida que se vá elevando sobre la ignorancia absoluta, porque es regla evidente que se cree saber más cuanto ménos se sabe. Estas consideraciones explican satisfactoriamente cómo los movimienios desordenados de las masas han empezado ántes en los grandes focos de poblacion que en los caserios rurales, ántes en Francia que en España.

La instruccion profesional ha de unirse estrechamente á los estudios filosóficos, para ser sólida y fecunda. Cuando el espíritu preparado por el cultivo de las ciencias matemáticas, que ofrecen á su contemplacion lo infinito en el espacio, en el tiempo y en el movimiento, formas todos tres y no sustancias; desarrollado más y más por el cultivo de las ciencias naturales, que ofrecen otra vez á su razon lo infinito contenido dentro de esas formas; cuando el espíritu así dispuesto se lanza á la especulacion filosófica, el materialismo no halla entrada en él, si procede con rectitud, mesura y circunspeccion. El espíritu humano no está organizado contradictoriamente.

Los estudios puramente filosóficos, sin la compañía y ayuda de los experimentales, suelen perderse en formalismo estéril, vicio coordinado al triste materialismo, que dejan tras sí las ciencias experimentales cultivadas exclusivamente. Unos y otros unidos, el hombre y la sociedad aparecen en su plenitud y en su armonía.

Y aquí se presenta de lleno la dificultad del problema. La ciencia humana, áun siendo tan menguada, es inagotable: el ideal queda siempre delante del espíritu, como los mares que la arena abrasada de Egipto miente á los ojos del viajero sediento. Si el filósofo, abismado perpetuamente en la meditacion, logra poco más que penetrar en las regiones infinitas de la ciencia, ¿cómo será dado columbrarlas siquiera al pobre obrero, consagrado necesariamente á ganar su pan de cada dia?

El problema es difícil, no hay que dudarlo. Pero el problema es, á nuestro modo de ver, capaz de solucion, con tal que *la sociedad entera* se aplique á resolverlo; y pues el mal afecta á toda la sociedad, no es mucho pedir su ayuda y concurso.

La sociedad no es una simple agregacion de unidades iguales;

ántes al contrario, los hombres en sociedad viven en ella tan estrechamente enlazados, que cada uno recibe el contacto, directo ó indirecto, de todos los demas. Los diversos órdenes de funciones que desempeñan, no están separados y aplicados unos á otros, como las ruedas de un reloj, sino que se penetran mutuamente, se prestan con reciprocidad su carácter peculiar, se combinan; de suerte que el hombre, en una sociedad dada, no es sólo artista, ó sabio, ó agricultor, ó juez, sino que, llenando las funciones determinadas que á cada una de estas profesiones se refieren, reproduce las otras con matices amortiguados aunque análogos, é influye sobre ellas en su esfera. Por esto se dice que la sociedad es un organismo y no una yustaposicion de individuos; por esto cuando alguien procura mejorar la situacion ó combinar diversamente los elementos de una sociedad, se habla de organizacion; por esto en fin, cuando los vínculos sociales se relajan ó se rompen, se dice que esa sociedad está desorganizada.

Es, en efecto, la sociedad un cuerpo vivo, un cuerpo organizado, no un mecanismo. Como el tronco sostiene á la rama, y la rama á la hoja; como la hoja recibe su savia por el tronco y la rama, y entrega á la rama y al tronco los elementos que absorbe del aire; como todas estas partes del árbol se sostienen, se apoyan, se ayudan, se penetran hasta formar un vegetal solo con tan diversas partes, así la sociedad se constituye una sobre órganos numerosos y distintos.

Esta concepcion de la sociedad como un organismo vivo, permite dar solucion al problema que nos ocupa, pues que la sociedad así comprendida es una gran escuela, un gran establecimiento de enseñanza práctica y teórica, en que cada miembro es profesor y alumno á la vez, en que cada miembro recibe influencias é influye, enseña y aprende. La instruccion profesional del obrero es peligrosa, cuando exclusiva; la instruccion vasta, metódica y profunda es imposible. Pero *la enseñanza primaria, conveniente-mente modificada, ni es imposible ni peligrosa.*

Se ha dado en llamar enseñanza primaria á cierta suma de conocimientos, procurada oficialmente por el Estado en lo general á los niños, y siempre con no sé qué carácter sistemático que su-

pone al niño en la posesion de sí mismo y en la plenitud de sus facultades. Esto en cuanto al fondo. Por lo que hace á la forma, la enseñanza primaria fatiga desproporcionadamente la memoria sin llegar á despertar las facultades superiores del espíritu. El soplo más ligero de la vida diaria ha bastado á borrar aquellas imágenes confusas, que jamas acertó á analizar niño alguno. Los gérmenes divinos, depositados en su inteligencia y en su corazon, quedaron allí incultos y estériles; y al desenvolverse despues, en una época de altivez y orgullo como es la juventud, abortaron ó se perdieron en monstruosas concepciones. Tales vienen á ser en la mayoría de los casos los frutos de la instruccion primaria, con esta diferencia: que para los espíritus á quienes la vocacion ó las circunstancias llaman á una profesion científica, los errores y las preocupaciones revisten tambien un carácter principalmente científico, miéntras que para aquellos otros, á quienes la necesidad relega á un círculo más estrecho de conocimientos, á las artes mecánicas, por ejemplo, las nociones primeramente adquiridas se desvanecen, sin dejar en su reemplazo cosa alguna que llene el vacío de la inteligencia y del sentimiento.

A nuestro modo de ver, la enseñanza primaria no debe llamarse así porque se dirija á fijar las primeras y *más sencillas* nociones de diversos órdenes científicos, sino porque ha de cultivar los primeros y *fundamentales* gérmenes que Dios puso en el hombre. La enseñanza, así considerada, es primeramente *moral y práctica*; en lugar muy secundario es científica ó teórica. Prescindiendo ahora del estudio de los signos, como lectura, escritura y número, que son condiciones necesarias al hombre para entrar en relaciones sociales, y que, por lo mismo, debe garantir el Estado contra la incuria y la ignorancia de padres y guardadores, no pueden razonablemente llamarse frutos provechosos esas sumas imperfectas de vagas nociones en los dominios de algunas ciencias, historia y geografía, por ejemplo; porque para quien despues haya de fortificar su espíritu mediante una vasta educacion científica, semejantes nociones ántes son carga que útil preparacion; y para quien haya de consagrar su vida entera al trabajo manual, esas nociones desaparecen al punto en el taller ó en la granja. Lo que no desaparece jamas, lo que ántes al contrario se ensancha y fortifica, son las verdades fundamentales de la vida racional: la

verdadera noción de Dios engendra el más profundo y afectuoso sentimiento religioso; la noción del bien moral, fundada en Dios, inspira para toda la vida los actos de quien una sola vez la ha concebido; la noción de la justicia, como una faz de la providencia divina, da por resultado imperecedero el hondo respeto á los derechos nacidos bajo la protección de la ley positiva; la noción de la belleza es para la infancia un poderoso auxiliar de la moral, y para la vida entera un purísimo deleite y un manantial de serenos afectos; la noción del hombre, como criatura superior, como cooperador de Dios en la vida social, como destinado á gozar en otra vida del ideal que se dilata ante la razón, no sólo hace imposible la holganza, no sólo levanta y ennoblece el trabajo, sino que engendra el respeto más profundo á los lazos sociales, por cuanto atan y combinan las suertes y los destinos de todos.

Hé aquí un plan vastísimo, al parecer irrealizable. Mas si se reflexiona que el hombre trae al nacer aptitudes para la vida racional y religiosa; que son tan propias é íntimas en él, que no le abandonan ni aún en los momentos de mayor abatimiento moral, se concebirá que es más fácil la cultura de la inteligencia infantil en este orden superior de conocimientos, que en otras esferas ajenas á los intereses y aspiraciones del niño.

El teatro señalado por Dios para esta función augusta es la *familia*, y he aquí la segunda afirmación frente á frente de la segunda negación del nuevo socialismo. Sólo puede herir la familia quien ignore su destino y la alteza de su misión. No es la familia lonja de contrataciones, ni tugurio de brutales deleites, ni mina de explotación del hijo por el padre. Todo hombre como padre ha de considerar que la virtud providencial del mismo Dios está en algún modo coordinada con los altos fines del matrimonio; y al dar entrada en su hogar á tal hijo y no á tal otro, con tales aptitudes y no otras, muy á menudo con vocación ó disposiciones que no responden á su deseo ó á su posición, entienda que no es él, sino la Providencia divina, quien ha enlazado dos destinos al parecer diversos. Todo hombre como hijo ha de considerar que, al aparecer á la vida terrestre, nació en tal familia y no en tal otra, en tal posición y no en otra, á menudo con fuerzas insuficientes

á cumplir su propia vocacion, y entienda que no es él, sino otra vez la Providencia divina, quien le ha sometido á la direccion y al consejo del padre. Si pues Dios es la bondad suprema y la suprema sabiduría, si no quiere ni puede querer más que el bien de sus criaturas, ni puede equivocarse en los medios de distribuirselo, padre é hijo deben entonar un himno afectuoso al supremo Gobernador del universo por haber atado tan estrechamente la suerte de ambos. Sólo un materialismo grosero y egoísta puede mover al padre á renegar del hijo y al hijo á renegar del padre. ¿Y quién podría jamas admirar bastante el papel sublime de la mujer en este templo, si se considera que, además de concurrir por igual con el padre á la formacion de la familia, está señalada por la Providencia para sobrellevar en hombros más flacos la carga más pesada en el tránsito por el mundo? De aquí nuevas relaciones de afecto, de amor, de abnegacion; pues que ni el hijo venerará nunca en justa proporcion las augustas funciones de su madre, ni la madre podrá nunca postrarse ante el Dios del universo con corazon bastante agradecido á tan alto beneficio. Padre, madre, hijos, hermanos, son como los viajeros reunidos por la Providencia para marchar unidos por los senderos de la vida terrestre: quién da apoyo al desvalido, quién la direccion al extraviado, todos se prestan ayuda y calor en sus desfallecimientos, todos viven en todos, y todos levantan al cielo su plegaria, porque Dios hizo descender su gracia y su redencion sobre el hogar. Por esto la familia es *sagrada é inviolable*; y porque en ella se ha de realizar en afectuoso consorcio el bien, y no más que el bien, porque las voluntades han de ser puras, la familia es *santa*.

¿Quién que una sola vez haya contemplado en su conciencia la majestad de la familia, podrá dar entrada á esa concepcion estrecha, menguada, inhumana de la Internacional? ¿Quién podrá persuadirse á que sea el amor, en su sentido vulgar, la base y la atadura de la familia? ¿Quién que medite sobre el acto trascendental de la encarnacion podrá desconocer el concurso de la Providencia divina? Pero aquí, como en todo, lo ideal sobrepuja en mucho á lo histórico. El grado general de la cultura no tolera que todos los hombres se levanten á la concepcion racional de la familia: los intereses y las contingencias de la vida práctica unas veces, la limitacion humana siempre, determinan relaciones

torcidas, que el Estado, como órgano del derecho, debe prever y rectificar. De aquí el que la familia sea también una institución jurídica, y este aspecto debe hallarse coordinado á su fondo, que es eterno y divino; de aquí el que los códigos civiles de todos los pueblos cultos hayan establecido las bases jurídicas de la familia, y ¡ojalá que las modernas leyes positivas, despojándose con prudente circunspección del carácter autoritario é individualista á la vez, del derecho romano, sancionaran más conformes á justicia las relaciones de hermano á hermano y de viudos á hijos!

Pues bien: la noción de la familia envuelve la comunidad de la suerte de sus miembros durante su desarrollo, y la preparación de nuevas familias desde que ha llegado á su madurez. Y pues el destino de estas ha de ser el mismo, prolongándose sin fin en el curso de las edades, cada una ha de allanar el camino á la que la sucede, para que el hombre se acerque más y más al cumplimiento de la ley de Dios. Estas condiciones de desarrollo que la familia presta al hijo, y recíprocamente, constituyen un derecho en cuanto son indispensables para que cada cual lleve á feliz cabo su destino terrestre. Por esto la instrucción primaria, tal como la hemos definido anteriormente, es una obligación respecto de los padres; obligación cuyo cumplimiento debe garantizar el Estado, pues que al Estado toca la vigilancia de los derechos de todos.

Nadie como los esposos, en el santo recogimiento del hogar, bajo la inspiración de la Providencia que en tan estrecho recinto reunió en comun suerte á sus criaturas, con la dulce intimidad y bondad afectuosa del amor, al abrigo de las turbaciones de la vida exterior, en mutuo consuelo de las tribulaciones del mundo, animados por la gracia divina que puso en sus manos el destino de aquellos hijos; nadie como los esposos, decimos, puede levantar la inteligencia infantil á la contemplación del Dios verdadero que todo lo llena, eterno como las ideas que el niño lleva impresas en su razón y que se despiertan anunciándose con el estremecimiento de lo sublime, vivo también y glorioso como la majestad de los cielos; nadie como los esposos es poderoso á conducir al niño con afectuosa lógica, desde la contemplación de Dios á la de sus atributos, bien supremo, verdad suprema, belleza suprema, justicia suprema, señor y padre de toda criatura.

¡Feliz el hombre que, cuando niño, escuchó en el santuario del hogar las alabanzas de Dios, del Dios verdadero, sabio y bueno, misericordioso y justo! El torbellino de la vida pasa como un vértigo sobre él, sin que pueda desviarle de su recto camino. ¿Qué importa que no llenen su memoria nombres exóticos de tierras y naciones, si ha aprendido á respetar y amar á los hombres todos, como hijos de Dios y hermanos suyos? ¿Qué importa que no haya saludado las ciencias físicas, si el mundo aparece á sus ojos en su sublime belleza como matiz oscurecido de la belleza divina? ¿Qué importa que ignore fechas y batallas, instituciones y costumbres, la vida de pueblos que desaparecieron, si sabe que la Providencia es infinita y que dirige á todos, hombres y pueblos, á la plenitud de su destino? ¿Qué importa que no sepa orillar los sofismas de los formalistas de todos los órdenes, si es tan firme su creencia, y tan pura su voluntad, y su actividad tan enérgica, que se mantiene seguro en su roca á despecho de los huracanes?

No hay, en efecto, más que una afirmacion que anule simultáneamente todas las negaciones del socialismo: Dios. En Dios hemos hallado el fundamento de la familia; en Dios hallaremos el de la *nacionalidad*. Puesto que él es el Supremo ordenador del Universo, puesto que es la providencia de todas sus criaturas, en el acto del nacimiento, fijando á la vez la familia y la patria, ha colocado á cada hombre en las mejores condiciones que el deseo racional pudiera pedir. El amor á la patria es, pues, legítimo, y el hombre se debe á ella despues de su familia. Y la verdadera noción de la humanidad, que difiere tanto del singular humanitarismo de la Internacional como la luz de la sombra, legitima la esperanza de una futura armonía en toda la tierra, pero enténdase bien, armonía laboriosamente preparada por los hombres de clara razon y fe sincera, no impuesta por el espíritu autoritario de unos pocos á fuerza de decretos comunistas.

Por más dificultades que puedan objetarse, nadie ciertamente pondrá en duda que la verdadera noción de Dios y el corto número de nociones primarias y fundamentales que de ellas se derivan, son la mejor arma para triunfar permanentemente de los delirios socialistas. Pero entre tanto, se dirá, que esas fecundas

nociones descenden desde las serenas regiones de la filosofía á los más profundos abismos de la sociedad, ¿qué hacer? ¿Se permitirá que la anarquía lo invada todo? Y pues el paso de la anarquía es harto más rápido que el de la moral pura, ¿no sería un sueño la esperanza de un futuro mejoramiento en las relaciones sociales?

Para responder á estas objeciones, há lugar á distincion. Si el socialismo se levanta en armas arrebatado por su afan autoritario, ya lo hemos dicho, la sociedad debe defenderse contra sus agresiones; pero véase bien que en tal caso no se le persigue como error, sino que se le castiga como crimen.

Miéatras el socialismo se limita á obrar *dentro* de las leyes, *de todas las leyes*, de una sociedad constituida, ésta no tiene el derecho de perseguirle, sino el deber de ilustrarle. La cuestion es delicada, parece difícil, porque la flaqueza humana alcanza á ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio; pero los hombres de buena voluntad deben comenzar por estudiar, no sólo la Internacional en sí, sino tambien en sus relaciones con la sociedad entera, y desde los primeros pasos que se den por tan largo camino, empieza á modificarse el sentimiento que el socialismo positivo inspira.

No puede desconocerse que las aspiraciones prácticas de la Internacional son una consecuencia inmediata del materialismo, puesto que hemos visto que sólo la noción de Dios anula todas sus negaciones. Como ese materialismo se dibuja entre las clases ménos cultas de la sociedad, en esas profundidades en que trabajosamente se abre paso el sol de la civilizacion, nos parece grosero, odioso, digno del exterminio. Basta concebir semejantes sentimientos para entrar en sospecha de la propia pureza: si en tales sentimientos no interviene algun móvil que merece gran atencion, no fueran aceptados, pues el corazon humano es bueno de propia naturaleza y no se abandona á un odio perpetuo contra los que yerran, ántes los compadece y arroja luz sobre ellos. Y ¿qué móvil es ese que puede torcer la rectitud natural del hombre? La conciencia religiosa lo ha dicho ya: el *interes*, no el interes legítimo de ensanchar, mediante el trabajo, la esfera de la

vida, sino el interes torcido de subordinar la ajena ventura á la conveniencia propia.

Bajo este aspecto, la Internacional es una protesta del materialismo contra el materialismo, de un error contra otro error; y por esto se conciben iguales sentimientos de una y otra parte, por eso unos quieren *destruir á todo trance* y otros *conservar á todo trance*. ¿Y no es esto anormal? La sociedad no es campo de explotación del pobre por el rico, del débil por el fuerte, del sincero por el taimado, de nadie por nadie; es, por el contrario, la esfera comun en que se desarrollan las facultades humanas y se realizan en libre compañía todos nuestros terrenales destinos. En la sociedad aparece cada hombre ejerciendo *de preferencia* su actividad en dominios parciales de la actividad una y entera: quién es hombre de ciencia, quién agricultor, quién industrial; pero esta preferencia no significa exclusion de los demas órdenes de actividad, pues la industria y la agricultura, llevan el sello de la ciencia, y el artesano como el labrador toman de ella sus reglas, y hasta el sabio es consocio indirecto del agricultor y comerciante en cuanto consume. En este juego libre y ordenado de todas las actividades en la unidad social, los hombres se prestan recíprocamente servicios, condiciones para la vida; unas de estas condiciones son tan perentorias, que las reclama el derecho y las garantiza el Estado; otras, no tan indispensables, no son exigibles, pero las impone la moral.

Y hénos de nuevo en el terreno propio de esta discusion, pues de la misma manera que la moral es la base de la educacion primaria, continúa sirviendo de guia para la educacion superior y para toda la vida. Puesta aquí la cuestion, nosotros preguntamos de buena fe, y de buena fe queremos que se nos responda, si el modo de funcionar los órganos sociales se ajusta á la moral estricta. No basta que el propietario pague religiosamente su salario al jornalero, como no basta que el jornalero ejecute puntualmente el trabajo retribuido: hasta aquí hay estricto derecho; pero la moral, que es igualmente absoluta que el derecho y más vasta que él, impone más deberes. Por ser propietario y por ser jornalero, ninguno ha perdido su carácter superior de hombre, y los

hombres, como tales, se deben respeto y ayuda en todo tiempo y lugar. El hombre colabora con Dios en el orden general de la vida, pues para eso le hizo don de inteligencia y libertad. Así, en las relaciones sociales se reproduce la imágen de la Providencia, lo mismo que en la familia; y allí como aquí, todos deben vivir en todos, todos han de prestarse asistencia.

Ahora bien: ¿basta eso que se llama *limosna*? La Internacional la rechaza altivamente. Hay hombre que vive de la limosna y soporta con placer la humillacion; mendigos conocerá alguien que toman su miseria por oficio. Pero hombres hay tambien, que ante la inminencia de la mendicidad en público, cometen el último de los crímenes: el asesinato ó el suicidio. La diferencia nace de que hay en el fondo de la conciencia una voz que atestigua el valor propio de la criatura racional, como hechura predilecta é imágen de Dios; y esa voz, que es la de la *dignidad* y que no debe ahogarse jamás, habla tanto más alto cuanto la cultura general del individuo es más extensa. La limosna, recibida por eludir el trabajo ú otorgada por vanidad y ostentacion á son de trompeta en la plaza pública, arguye tal humillacion, que el aceptarla con indiferencia señala un profundo decaimiento moral. La dignidad no ha de confundirse con el orgullo, del cual dista lo mismo que de la bajeza: la dignidad es la verdadera humildad, que acoge con resignacion las pruebas de la Providencia ántes que desconocer la alteza del hombre.

Este sentimiento no debe herirse en nadie; ántes al contrario, debe provocarse donde esté dormido. De suerte, que en el trueque de servicios de hombre á hombre, la dignidad de ambos ha de quedar inmaculada: y es de notar que no puede lastimarse en uno de ellos, sin quedar tambien herida en el otro. Porque ¿no es verdad que el hombre que humilla á otro hombre rebaja su propio valer en el mero hecho de acoger en su corazon un sentimiento negativo y torcido? Pero la dignidad no es incompatible con la *caridad*, en la más alta acepcion, única verdadera, de esta palabra. El orgullo de algunos ha abatido el sentido, altísimo, divino, de la palabra *caridad* hasta confundirlo con el de limosna. Dista tanto uno de otro, como el rostro del antifaz, como Jesús del fariseo. Cuando el obrero comprenda que al hablarle de caridad no se le echa en cara su miseria, sino que se invoca el lazo uni-

versal con que Dios abarca bajo su providencia á todas sus criaturas, ¿cómo ha de rechazarla? ¿Ni cómo el propietario, estrechado con el ínfimo de los hombres en el mismo vínculo, pretenderá ultrajarle?

Hé aquí, pues, la única senda para aliviar la suerte de las clases obreras y para tranquilizar los temores de las clases acomodadas, levantando á la vez á unas y otras á un nivel superior en la cultura. El que puede más ó vale más debe aspirar á ser como la providencia directa de quien vale ménos ó puede ménos: el propietario debe á sus obreros, en la esfera de la moral, instruccion y asistencia, y no de una manera eventual y transitoria, sino permanente, afectuosa, digna, caritativa; el obrero, por su parte, debe al propietario que le paga, le instruye y le asiste, respeto, veneracion, profundo afecto. El trabajo acumulado por el ahorro y el trabajo al día no están señalados por ninguna ley primitiva como enemigos naturales; ántes han de armonizarse en más rico caudal para que la humanidad prosiga en lo porvenir la grande obra de su cultura.

Si estas necesidades del órden moral parecen utópicas ó quiméricas á los espíritus *prácticos*, tienen que renunciar á toda esperanza de ver extinguido el mal que deploran.

No se nos oculta que algunos espíritus, *prácticos* en el grado supremo, se resignarian voluntariamente á que su posteridad presenciara una catástrofe horrenda, con tal de gozar personalmente las delicias de una paz octaviana. Lo mismo hubiera opinado Luis XV: *Después de mí, el diluvio*. Pero quien así razona, sumergido en las honduras de un egoísmo brutal, casi no es digno de que la sociedad le ampare, puesto que no se reconoce con obligacion alguna respecto de ella: cada hombre vive en sociedad, no sólo como un individuo con destino propio que cumplir, sino como miembro relacionado con los demas, y no sólo con el instante actual, sino con la sociedad del porvenir. Pues qué, al combatir á la Internacional, ¿no se trata tambien de defender la legitimidad del testamento? Y si se desconoce este carácter de organizacion y seguimiento, en virtud del cual se enlaza el hombre

con toda la humanidad, con la pasada por sus padres, con la por venir por sus hijos; si se desconoce la continuidad en la sucesion orgánica de la sociedad, ¿qué fundamento sólido podrá hallarse para justificar la facultad de testar?

Hay que confesarlo, si de buena voluntad se viene á esta discusion. La violencia no garantiza la extincion de la Internacional, como jamas ha garantido nada. ¡Ojalá lo comprendiera así la propiedad para excusar grandes convulsiones al cuerpo social! Esa vasta congregacion de trabajadores toma su principal fuerza de la obstinada oposicion que algunas clases sociales ofrecen á toda modificacion en sentido favorable á sus intereses; y en segundo lugar, de las intrigas de los partidos políticos, á todos los cuales, no obstante, desprecia, y esto con profunda lógica. Seamos nosotros tan lógicos como ella; levantemos nuestro pensamiento á las serenas regiones de la razon; protejamos nuestro corazon contra todo sentimiento egoista; obrémos como cumple á hombres de recta voluntad, y los delirios de la Internacional cederán el paso á un nuevo y ménos imperfecto orden de cosas.

Hemos terminado. El asunto es difícil, las fuerzas menguadas. Pero nuestra intencion es pura, y la buena voluntad tiene derecho á la indulgencia.

R. O. y V. (1)

(1) Por respeto á la voluntad de su ilustrado autor, dejamos suscrita con iniciales el precedente artículo, fechado en Avila.



LA INTERNACIONAL Y LAS ESPAÑOLAS

CARTA AL SEÑOR DON FRANCISCO CUTANDA,

DÁNDOLE CONOCIMIENTO DE OTRA DE UNA DAMA.

¡Albricias, amigo mio, albricias! Tenemos de nuestra parte, ó mucho me engaño, al sexo femenino: barrunto que las damas de la alta clase, en Madrid, identificadas con las de igual clase en los demas puntos del reino, á las cuales han de seguir las de todas las clases de toda España, se han pronunciado en favor de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD: es decir, que en la cruzada emprendida nos acompañan las mujeres, esa hermosa mitad del género humano. Estamos de enhorabuena: con tal ejército no hay que tener miedo: podemos dar por ganada la batalla y alcanzada la victoria, pues harto se sabe, y lo confirma la experiencia, que causa defendida por las damas es, más ó ménos pronto, causa triunfante.

Fúndase mi presuncion... ¿qué digo, presuncion? mi creencia, mi casi convencimiento, en una singular aventura y un precioso hallazgo, que voy á referir á V., persuadido de que ha de producir á V. la noticia el mismo convencimiento que á mí me ha producido el suceso.

En un dia del pasado Mayo,—creo que fué el siguiente al de San Isidro, si no era este mismo,—salí yo de mi casa, como á las once de la mañana, con el objeto de evacuar un asunto de interés y de alguna urgencia, no ajeno, por cierto, á LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD; y deseando llegar pronto á mi destino, y encontrando un cochecillo de plaza desocupado, entré en él, contra mi ordinaria costumbre, pues, por más de una razon, rara vez contribuyo con la pesadumbre de mi cuerpo á que se apelmacen los almohadones de los carruajes.

En el instante de entrar, ví en el asiento un rico devocionario, un rosario lindísimo, un bonito pañuelo y un papel doblado; el primero con adornos y cierres que me parecieron de plata, como el engarce del rosario; el pañuelo era de batista.

En una especie de medallon de relieve, que embellecia el centro del devocionario, noté la letra mayúscula E. Movido de curiosidad, extendí el pañuelo, y en la cifra, que era un elegante bordado, encontré tambien la letra E. Desdoblé el papel, buscando la firma, y hallé al final la misma E.

Conocí desde luego,—ya lo ve V., no era mucho adivinar,—que tales objetos pertenecian á una dama, y dama de clase, y que esta tenia grandísima predileccion por la letra E., sin duda la inicial de su nombre; siendo tambien claro que había entrado

en aquel coche de plaza, y que, poniéndolos en el almohadon, tal vez para sacar dinero á fin de pagar el carrujillo, los habia dejado allí, por no haberse acordado de recogerlos en el momento de salir.

¡Qué averia! me dije á mi mismo, dándome una palmada en la frente: esa señora estará en estos momentos disgustada, lamentando la pérdida: para restituírle los objetos, y con ellos la tranquilidad, preciso es saber quién es, ó por lo ménos su casa, y dejárselos en ella: el cochero acaso podrá informarme.

—Cochero, exclamé en alta voz, dígame V.: ¿quién habia ocupado este coche inmediatamente ántes de entrar yo en él?

—Dos señoras.

—¿Las conoce V.?

—No, señor.

—¿Sabe V. dónde viven?

—Tampoco.

—¿Dónde tomaron el coche?

—En la estacion de la calle de Fuencarral.

—¿Y dónde lo dejaron?

—A la puerta de la iglesia de San Isidro, donde entraron, pues allí está el jubileo; y no es la primera vez que dichas señoras han tomado mi coche en la estacion para llevarlas á la iglesia en que estaba el jubileo, y siempre me han dado propina.

—¿Qué señas tenian las dos señoras?

—Muy bien portadas; la una jóven, la otra de más edad, pero no vieja; ésta más bien alta que baja, ni gorda ni flaca, y aquella de ménos estatura y cuerpo más delicado; y no puedo decir á usted más, porque ambas llevaban el velo echado, como lo han llevado cuantas veces las he visto.

No siéndome posible venir en conocimiento de quién fuese aquella señora, ni siquiera adquirir noticia que me sirviese para averiguarlo, y correr á entregarle los objetos olvidados, como era mi deseo, busqué instantáneamente en mi imaginacion un medio eficaz para lograr aquel fin, y diciendo y haciendo, poniéndo en práctica el que me ocurrió, y bajando del carrujillo en que acababa de entrar, dije al cochero: hoy es día de propinas: toma dos pesetas para pagar el coche durante una hora, y una para tí: toma tambien este devocionario, este rosario y este pañuelo: corre, ve al momento á San Isidro, donde me has dicho que han entrado las dos señoras; estáte á la puerta hasta que las veas salir, si no se cumple ántes la hora, lo que no creo, sino que saldrán muy pronto, porque se acerca la de almorzar en casi todas las casas; y en viéndolas, entrégaselos, que se alegrarán mucho, y te darán otra propina, pues repito que el día es de ellas para tí; y si llegase la hora, y no las vieses, lleva los objetos al gobierno político, donde tú sabes que se deben llevar los que se dejan olvidados en los coches de plaza.

En cuanto al papel, no me pareció bueno aventurarlo á que fuese objeto de la curiosidad de otros, püesto que no habia de hallar malo que lo fuese bien pronto de la mia propia: ¡miseria

humana, que vemos la mota en el ojo ajeno, y no vemos la viga en el propio!

Afortunadamente, el medio empleado, de cuya adopcion me arrepentí muy luego, reflexionando que hubiera sido mejor que confiar á una persona desconocida los objetos hallados, poner un anuncio en el *Diario*, manifestando que se hallaban á disposicion del dueño, produjo el efecto apetecido, pues habiendo encontrado algunos dias despues al cochero, me dijo que, al poco tiempo de haber llegado á San Isidro, vió salir y entregó los objetos á las señoras, las cuales, muy contentas y agradecidas, le habian dado medio duro de propina. Con saber esto, quedé completamente tranquilo; confirmándome ademas en la sospecha formada por mi desde el principio, y convertida en convencimiento de un hecho cierto cuando leí la carta, de que se trataba de una señora muy principal, que tenia coche propio, pues lo dice en ella incidentalmente, y que á pesar de esto, ó más bien por esto, habia tomado uno de plaza, como suelen hacerlo con frecuencia los que se hallan en aquel caso, pues no han de tener á todas horas enganchado el suyo; y tales personas se presentan, á la tarde, en magníficos trenes, arrastrados por troncos de treinta ó cuarenta mil reales, dando vueltas en el Prado, que por la mañana toman un carruaje de alquiler, las señoras para ir al jubileo, á las tiendas y á visitar á sus amigas, y los caballeros para evacuar sus negocios.

Al partir el cochero, quedé, y nos encontrabamos en la calle, el papel, mi conciencia y yo, esta especie de trinidad humana; sí señor, trinidad humana, porque, siendo para mi caso de conciencia lo que habia de hacer con el papel, resultábamos en este asunto, el papel constituyendo la materia de la deliberacion, la conciencia que habia de inspirar, y yo que habia de resolver y obrar; tres en uno.

Por supuesto, que ya no pensé en evacuar la diligencia proyectada al salir de casa: me ocupaba únicamente en el papel, del cual habia mirado sólo y de pronto el final, para ver si tenia firma. ¡El papel! dije dentro de mi: ¿puedo yo verlo? El papel es un sagrado, esto es, debe serlo, y así está reconocido; pero del dicho al hecho... Cuanto más que lo declarado sagrado, como una propiedad y un secreto inviolables, es la correspondencia cerrada: que esa sí, esa está completamente segura, salvo que algun danzante la robe ó la invente y vaya á sacar dinero por ella al gobierno... pero no hay que tocar este punto, pues acaso habria quienes, oyendo tal conversacion, olieran algo á política, á pesar de que las estafas cometidas por tales medios, caben, por desgracia, dentro de todas las políticas, y por ello no son política; pues lo mismo pueden tener lugar en los gobiernos absolutos que en los constitucionales, en los monarquicos que en los republicanos, en los radicales que en los conservadores; cuyos gobiernos, todos, sin distincion de colores, deben procurar no dejarse estafar por los susodichos danzantes... Pero volviendo al papel, volvia yo tambien á dar vueltas y revueltas en mi imaginacion

acerca de si obraría bien ó mal en leerlo, y por último, despues de mucho pensar—¡qué fecunda es la imaginacion en buscar medios de satisfacer la curiosidad!—me hice el siguiente raciocinio: de leer yo el papel no podrá resultar ningun mal, ningun daño sufrido, ningun derecho lastimado, ninguna esperanza defraudada, pues yo formo desde luego el firme propósito, jurando cumplirlo, de no revelar á nadie lo que lea, como no fuera para hacer un bien, sin perjuicio de tercero, salvo el tomar precauciones para evitar la consumacion de un crimen, si me enterase del proyecto de cometerlo; que eso seria bueno áun para los mismos criminales, cuyos nombres nunca revelaria: y de leerlo podrá resultar algun bien, y no me detengo en manifestar las posibilidades, porque el indicar muchas de ellas, seria cosa obvia, y el señalarlas todas excede la capacidad, no la individual y muy limitada mia, sino la de todos, la humana. ¿Quién sabe si en el papel se revela, por ejemplo, algun hecho, cuya noticia podiera servir á un malévolo para perpetrar un crimen y causar un daño? ¿Quién sabe si la señora que dejó olvidado el papel, se halla en estos momentos llorando la pérdida, temerosa de que ésta le acarree grandes males y disgustos? ¡Oh! si tal sucediera, yo no descansaria hasta saber quién es aquella señora, ponerme á sus piés, y restituirla el papel perdido, y con él la tranquilidad de su espíritu. Si pues de leer el papel no puede resultar ningun mal, y pudiera resultar bien, no obraré desaceradamente en leerlo; y, dicho y hecho, abrí el papel, y lo leí.

Formaban el papel, que parecia uno solo, por estar doblado, y del cual, sin abrirlo del todo, habia yo visto sólo el final, para reconocer si tenia ó no firma, como dejo dicho, dos plieguecitos para cartas, muy finos, timbrados con la consabida E, escritos por las cuatro caras, y de letra muy menuda y muy bonita que parecia de señora; como parecia que el escrito era el borrador, pues tenia algunas tachaduras, de una carta, la cual no da á conocer quién y cuándo la escribe, ni á quién se dirige: se sabe por ella únicamente que se ha escrito en Madrid, por una dama á otra dama, su amiga. Al final de ella aparece, como queda dicho la inicial E, sin duda porque el nombre de la dama que escribe, comienza con esa letra. Al verla, viniéronme de pronto á la memoria los de Escolástica, Eulogia, Evarista, Estanislao, Eustaquia, Eleuteria... pero sin detencion, deseché la sospecha de que fuese alguno de ellos el de la escritora, persuadido de que, habiendo de ser esta muy bella, y llena de virtudes cristianas y gracias naturales, debia de ser tambien bonito su nombre. ¿Se llamará Eulalia? Eduvigis? Engracia? Elvira? Elena? Eugenia? Emilia? Enriqueta?... Damas conozco muy esclarecidas y muy espirituales, que llevan estos nombres, y que pudieran haber escrito la carta, porque á mucho más alcanza su discrecion y talento; pero la misma posibilidad de ser muchas las que la hubiesen escrito produce la imposibilidad de establecer presuncion racional respecto de ninguna de ellas; y puesto que no es dado satisfacer la curiosidad de saber ni el nombre de la dama que escribe

la carta, ni á quién la dirige, ni siquiera la fecha en que la escribe, dado que esta ha de ser reciente, pues habla de la Internacional, que, oriunda de lejanas razas ya oscurecidas, tal como hoy aparece en el mundo es *institucion* moderna, fijémonos en su contenido, pues yo creo bien que lo merece, y que ha de llamar la atencion de V.

Dice así la

CARTA DE LA DAMA.

Madrid, etc.—(Este etc. nos priva de saber la fecha, como la inicial E de saber el nombre de la dama.)

Amiga mia muy querida: No es ciertamente una ilusion el creer, ni una vulgaridad el decir, que se experimenta desahogo y alivio en comunicar á la amistad las penas que se sufren, compartiéndolas así entre dos corazones que se entienden y se aman: y jamás he sentido mayor necesidad de buscar en nuestro cariñoso afecto un lenitivo á la angustia que me devora en estos momentos. Convulsa y trémula todavía, los ojos húmedos por abundante amargo llanto, sintiendo aún el pecho oprimido, embargadas las facultades intelectuales y físicas, y grande abatimiento y postracion; producido todo esto por un espantoso sueño y una pesadilla horrible, que he tenido y sufrido en la pasada noche.—¡Dios haga que no sea una vision de lúgubres escenas, que hayamos de presenciar algun dia!—Quiero desde luego y ante todo, hija mia, hacerte saber mi aficcion, refiriéndote, aunque sea muy desaliñadamente, pues el estado en que me hallo no permite otra cosa, el horrendo espectáculo á que me hizo asistir mi cruel y tiránica imaginacion. Te daré á conocer ántes el origen del funesto sueño.

Tuvimos ayer, como juéves, algunos amigos á comer, todos ellos personas ilustradas, entre los cuales y mi marido, que sabes tú cuánto lo es, como sabes que es costumbre entablarse, de sobremesa, alguna discusion amena sobre puntos científicos ó literarios, se habló largamente acerca del origen, tendencias y fines de la maldita *Internacional*, manifestando todos la necesidad en que se hallan los hombres amantes de la Religion, de la familia, de la patria, de la sociedad y de sus intereses, y principalmente los gobiernos, de prenyir y evitar el triunfo de tal Asociacion, y presentando cada cual, segun se lo imaginaba, el cuadro que ofreceria la sociedad el dia en que por desgracia lo obtuviese. Ya comprenderás que no oiria yo con indiferencia, y ménos con desden, semejante controversia. Educada, como tú y al mismo tiempo que tú, en aquel magnífico establecimiento del *Sacre Cœur*, de que tan frecuentemente hacemos grato y tierno recuerdo, no es enojoso para nosotras, sino lo contrario, el te-

ner alguna participacion, sin por eso tomar plaza entre *Les Femmes savantes* de Molière, en discusiones que versen sobre asuntos un tanto más serios que los concernientes á las prendas, estofas y hechuras más en moda y más elegantes de los trajes femeninos. Así que, no sólo estuve muy atenta á cuanto, ya por unos ya por otros, se dijo acerca de la *Internacional*, sino que más de una vez tomé yo misma parte en la conferencia, la cual fué muy animada, y se prolongó hasta más de la media noche, poniéndose bruscamente fin á ella, al advertir uno de los concurrentes ser hora tan avanzada.

Partieron los convidados; tomé algunas disposiciones caseras; cambié mi traje de visita por la bata de casa, y arreglé, ó más bien desarreglé, mi peinado; hice mis oraciones, á lo que, bien lo recordarás, se llamaba en nuestro colegio *faire les devoirs*, y entré por fin en la cama; pero ¿en qué estado, hija mía? Maquinalmente habia practicado todas estas operaciones, sin poder darme razon de lo que hacia: material y corporalmente me hallaba en mi cama, pero con el espíritu y la imaginacion continuaba asistiendo al espectáculo que acababa de ofrecer la discusion acerca de la *Internacional*, y mil horribles imágenes circulaban en mi acalorada cabeza. En tal situacion me quedé dormida, si se puede llamar dormir al pasar del estado en que aún se conserva el uso de las potencias del alma y de los sentidos, al estado de sopor en el cual queda embargado el ejercicio de nuestras facultades. Tal estado de soporifero sueño duraria poco más de dos horas, calculando la en que me dormiria, y viendo al despertar la que marcaba el reloj; y parece increíble que en tan corto espacio de tiempo recorriese mi imaginacion tantos y tan distintos lugares, y me hiciese presenciar, tomando parte en ellas, tantas y tan variadas escenas. Esto me ha hecho reflexionar, querida mía, cuán detras está en todo y cuán diverso é inferior en todo es lo material de lo intelectual, lo fisico de lo espiritual. Admiramos la rapidez de accion de la electricidad, lo instantáneo de las transmisiones por ese medio; y la imaginacion, más rápida todavía, nos hace recorrer instantáneamente, viendo hasta en sus detalles cuanto hay en el tránsito, las más remotas distancias. ¿No has ido tú alguna vez con la imaginacion, despierta ó soñando, de Madrid á Paris, y sin ocupar el tiempo que se necesita para escribirlo, has recorrido esta gran distancia, te has fijado en las estaciones importantes,—Valladolid, Burgos, Vitoria, San Sebastian, Bayona, donde has pasado un dia, Burdeos, Angulema, Orleans,—bajando del tren en muchas de ellas, comiendo en unas y deteniéndote en otras, has llegado á Paris, te has trasladado al *hotel*, y despues de almorzar, descansar un poco y hacer tu *toilette*, has entrado en un carruaje, y visitado las tiendas, y visto mil cosas bonitas y aun comprado algunas, volviendo al *hotel*, comiendo y volviendo á salir en carruaje y paseando en el *Bois*? Pues del mismo modo, en aquel breve tiempo me llevó mi imaginacion á

tantas partes, me hizo ver tantos acontecimientos, ejecutar tantos actos, practicar tantas gestiones, sostener tantas disputas, derramar tantas lágrimas, sufrir tantas y tan horribles amarguras, que no es posible expresarlo. En el frenesí que se había apoderado de mí, en la grande agitación en que me hallaba, en la inexplicable angustia que sentía, recordaba lo pasado, veía lo presente, meditaba en el porvenir, conversaba, obraba, disponía; pero todo lo en que me ocupaba era aflictivo, todo lúgubre, todo atormentador, todo horrible; tanto, hija mía, que si lo que en aquella tremenda noche pasó por mi imaginación hubiera de tener lugar algún día, por desgracia, en la realidad, preferiría yo mil veces morirme antes que presenciarlo. Pero al fin, y aunque sin haberme todavía repuesto del susto y del espanto, voy á contarte, y no acertaré á referirlo con todos sus tremebundos detalles, el espantoso y horrible sueño.

La Internacional había obtenido un completo triunfo; su dominación era omnimoda, y se hallaba en pleno ejercicio de su poder soberano. La sociedad era nueva; Madrid era nuevo; todo era nuevo, sujeto á nuevas leyes ó nuevas disposiciones, nuevos usos y nuevo modo de ser.

Por disposición de la autoridad soberana, como diré despues, se había privado á mi marido de la hermosa casa de su propiedad en que vivíamos, de nuestro lindo *hotel*, como tú lo llamas siempre, y nos encontrábamos en una miserable (nos exigían por ella un crecido alquiler, sin darnos nada por la que nos habían arrebatado), sucia y por todos conceptos detestable, que yo recorría llorando y acordándome de la mía, y en la cual no había cosa en su sitio, ni sitio para ninguna cosa. Baste decirte que era al mismo tiempo mi cuarto de *toilette* y despacho de mi marido una pequeñísima y oscura pieza, en la que estábamos á la vez, aquel leyendo ó escribiendo y yo peinándome; si, peinándome yo misma, como lo hacíamos en el colegio, porque la única doncella que me había quedado no sabía, y yo no tenía ya peinadora.

Por efecto de otras disposiciones soberanas, nos hallábamos con pocos recursos para subsistir, no contando ya ni con las rentas de nuestras fincas, ni con el dinero que mi marido tenía en la cuenta corriente del Banco, como igualmente diré; tanto que, habiendo poquísimo en casa al advenimiento de la Internacional, había sido preciso enajenar los carruajes y las yeguas para comer, hija mía, para comer; malvendíendolo todo, tomando lo que quisieron dar, pues ya te harás cargo del precio que, en aquel estado de cosas, tendrían los trenes de lujo; y el obtener eso poco que nos dieron, fué una fortuna, debida á la casualidad de haber visto la mercancía, y gustádole mucho, uno de los señores que mandaban en soberano, y que antes no tenía coche, y deseaba y podía ya tenerlo: porque has de saber, querida mía, que esa riqueza, que ese boato y ese lujo tan

censurados, abominados y proscritos por los internacionalistas, no habian desaparecido; habian cambiado de albergue, pasando de unas familias á otras, de unas á otras personas; pues los que ántes tenían coche, andaban á pié ahora, y los que ántes andaban á pié, recorrian ahora en coche las desiertas calles y solitarios paseos, en los cuales sólo se veía, y con grande pompa y ostentando majestad, á los señores que mandaban.

Las disposiciones á que me he referido, y que nos habian traído á tal estado de afliccion y de penuria, tenían la procedencia que voy á indicar. Aunque se anunciaba la reunion de una Asamblea, compuesta de representantes de toda la nacion, para resolver sobre puntos de interes general, la suprema autoridad, á la sazón, en cada-provincia era la *Commune* (copiando, como se acostumbra en España, lo que se hace en otras naciones, se habia tomado en Madrid por la reunion de los nuevos soberanos el nombre de *Commune*, que tan gratos recuerdos dejó en París), cuya *Commune*, habiendo reasumido los poderes legislativo y ejecutivo, disponiendo y gobernando, dictando reglas y haciéndolas observar al mismo tiempo, reunia todos los atributos, y ejercia omnímota y exclusivamente todas las funciones de la soberanía; de la soberanía tal como se decia y con hechos se demostraba que debia entenderse, no de la soberanía que ejercen hoy las Córtes con el Monarca, y han ejercido en otro tiempo los reyes absolutos y aun despóticos, para quienes ha sido siempre inviolable y sagrada la propiedad particular.

La *Commune*, por el contrario, dispuso, como primer acto de soberanía, apoderarse de todas las propiedades rústicas y urbanas, privando de ellas á sus dueños, declarándolas pertenecientes á la colectividad, á fin de formar con sus productos una masa comun, y nombrando delegados para administrar las que no tuviesen destino especial decretado por la misma *Commune*; todo bajo la direccion de ésta, y con sujecion á las determinaciones que tuviese á bien adoptar. Habíase tambien apoderado de todas las existencias en metálico, por cierto muy pocas, que habia en las dependencias del Estado; y con el carácter de medida excepcional, reclamada por las circunstancias del momento, y á reintegrar con el interes de seis por ciento anual, tan luego como hubiese fondos suficientes para realizarlo, habia mandado asimismo, y se habia verificado, que el Banco de España entregase todas las que en él hubiera.

Ese cambio transcendental, ese nuevo y funesto modo de ser de todas las cosas, que era el supuesto fundamental de mi horrible sueño, me lo presentaba la imaginacion como reciente, pues yo recordaba, y no como cosa remota, un pasado anterior próspero y feliz; pero no se fijaba mi atencion en el tiempo y la manera en que hubiera ocurrido aquel fatal acontecimiento, el cual nos habia reducido á tan deplorable situacion, y que veía yo, en el maldito sueño,

y veían todas las personas con quienes hablaba, como cosa permanente, lamentando, en el mayor abatimiento y desconsuelo, tan grande calamidad, tanto mayor cuanto no se vislumbraba el remedio.

La situación me parecía normal: pero, ¡de qué género, Dios mío! Mi vida era un continuo llanto; mi casa un perpetuo duelo. Si nos separábamos por un momento, mi marido y yo, para nuestros respectivos quehaceres, al vernos de nuevo, aquel me encontraba siempre llorando, y yo notaba en su abatido semblante los grandes esfuerzos que hacía para ostentar serenidad, sin poderlo conseguir. Los esfuerzos cesaban, abandonándose á la pena sin disimulo, cuando se nos acercaba nuestro hijo, el cual, advirtiendo nuestra afición, y haciéndonos mil caricias ¡hijo de mis entrañas! quería de este modo mitigarla con sus halagos, y la aumentaba en realidad hasta lo infinito.

El acto más doloroso era el de sentarnos á la mesa, porque no podíamos ejecutarlo sin dirigirnos, mi marido y yo, una tristísima mirada, excitando la vista de la pobreza y escasez presente un amargo y desolador recuerdo de la abundancia pasada; porque vivíamos en grande estrechez, contando únicamente para la actualidad con el escaso producto que, según he dicho, habíamos podido obtener por la venta de los carruajes y caballos; y para el porvenir con la pequeña renta que teníamos en Francia, respecto de cuya propiedad no estábamos libres de temores.

Si entraba en casa alguno de los antiguos amigos, su visita, en vez de ser un consuelo, era un recuerdo vivo de agrados y dichas perdidas; y la conversacion, que consistía en el relato de las particulares calamidades sufridas por cada cual, acababa de contristar el ánimo y llenarlo de amargura.

Hago un ligero bosquejo de lo que era la vida en el interior de mi casa, no siéndome posible expresar, en sus pormenores, todos los sufrimientos, todas las angustias que sufríamos, todos los temores que nos asaltaban. El conjunto de los tormentos presentes, y el anuncio de los futuros, hacían que la vida fuese una continua y prolongada agonía.

Muchas cosas de las que voy refiriendo, aunque ocurridas sucesivamente y en diferentes días, las veía y sentía como si estuviesen sucediendo en el acto; y lo mismo me pasaba respecto de las que voy á expresar, no relativas, como aquellas, á la vida interior, sino á todo lo que observaba y cuantas impresiones recibía fuera de mi casa. Lo uno y lo otro, todo había pasado en una larga época.—¡Oh poder de la imaginación, que condensa y reduce á la duración de instantes lo que ha tardado siglos en acontecer! ¡Vamos á París, como he notado, y habrás observado tú antes que yo, y también iríamos á San Petersburgo, en un sueño que dura tal vez pocos mo-

mentos, necesitándose muchas horas para ir en ferro-carril, medio de traslacion el más veloz hasta ahora conocido!

Viendo mi marido que mi salud se deterioraba por dias (se hallaba él en el mismo caso, aunque su principal cuidado era por mi), y buscando algun lenitivo al continuo sufrimiento, me sacaba de casa ordinariamente por las mañanas, ántes de almorzar, para dar un paseo, hacer algun ejercicio, y ver objetos ménos tristes y respirar aire ménos mefítico que los que de continuo se veian y el que se respiraba en casa. Este objeto se conseguia sin duda, porque no podia ménos de conseguirse; pero en cambio, ¡qué perspectiva se presentaba á nuestra vista! ¡Qué escenas presenciábamos! ¡Que recuerdos venian natural é irremediabilmente á nuestra memoria! Madrid era un desierto—mejor dicho—un vasto cementerio. ¡Qué soledad! ¡Qué silencio! ¡Qué tristeza! Era muy raro encontrar algun coche de plaza ó de particulares: sólo se veian los que se llamaban de Estado, y tenian los individuos de la *Commune* y algunos otros funcionarios. Muchas de las iglesias se hallaban derribadas y reducidas á ruina: las que existian se habian convertido en establecimientos públicos de labores y operarios. El palacio real lo ocupaba la *Commune*: allí estaban sus oficinas, y tenian habitacion los nuevos soberanos y sus familias. Las tiendas, cerradas muchas; las demas completamente desiertas. Si por casualidad se encontraba algun conocido, la tristeza de los semblantes reciprocamente notada, el breve y melancólico saludo, y tal vez la manifestacion de algun sufrimiento y calamidad especial, aumentaban la angustia constante en que se vivia. Cada dia era señalado con algun motivo particular de disgusto, y recibiamos alguna nueva impresion desagradable: y ni tu clara comprension necesita, ni á mi me sería dado hacer, una minuciosa relacion de tantas y tan continuas penas y amarguras, mucho mayores que cuanto puedas tú figurarte y pudiera yo encarecer.

Como no hay en la vida situacion aflictiva en la cual no se pueda recibir algun consuelo, ya por vislumbrar esperanza aunque sea lejana y remota, ya por sentir alivio, aunque sea ligero y momentáneo, mi marido y yo lo teniamos diariamente al terminar nuestro matutino paseo, y ver de lejos en el balcon de casa á nuestro hijo, quien divisándonos desde él, bajaba inmediatamente á recibirnos á la puerta, haciéndonos mil halagos: satisfaccion y alegría que duraban poco, es verdad, porque bien pronto venian á turbarla inquietudes, ansiedades y tristes presentimientos acerca del porvenir de aquel sér angelical.

El último dia de los paseos—¡horrible dia sobre todos los dias horribles que pudieron pasar!— no vi á mi hijo asomado. El corazon me dió instantáneamente un vuelco; y sin poder expresar en este momento lo que entónces senti, desasiéndome repentinamente del brazo de mi marido, que apenas pudo seguirme, sin cuidarme de él y

enteramente fuera de mí, corri frenética, llegué á mi casa, y dirigiéndome á los criados, que no podían disimular el sobresalto y la tristeza de que estaban poseídos, les pregunté:

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?

—El niño, señora, me contestó el criado balbuciente, el niño... no le ha sucedido nada... el niño está... no tengan Vds. cuidado... el niño está bueno.

—Pero ¿dónde está? ¿Qué es de mi hijo? Decídmelo pronto: ¿qué le ha sucedido? ¿Qué ha pasado aquí? Dije esto al mismo tiempo que recorría, hecha una furia, todas las habitaciones de la casa buscando á mi hijo; y no habiéndolo encontrado y volviendo al recibimiento, en donde pasaba la escena, me dirigí de nuevo á los criados—todo esto en presencia de mi marido, el cual, atónito y sin acción, era mero espectador,— y exclamé de nuevo, gritando: ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! Pronto, pronto: venga mi hijo, ¿dónde está mi hijo?

—Se lo han llevado, señora, contestan por último los criados. prorumpiendo en llanto, hasta entónces contenido.

—Y ¿quién y á dónde se lo ha llevado, y por qué habeis permitido, canallas, arrebatar á mi hijo?

—¿Cómo habríamos podido evitarlo, señoría, y resistir á la fuerza y á la autoridad? A nombre de ésta y con su orden escrita, que han dejado, y véanla Vds., se han presentado dos agentes, como de policía, y cuatro municipales armados; se han apoderado del niño con halagos y engaños, diciéndole que iba con sus papás; lo han introducido en un coche, y se lo han llevado, segun se explica en la orden, al establecimiento en que se custodian todos los niños varones menores de diez años, exceptuando, por supuesto, los hijos de los señores de la *Commune* y demas altos funcionarios; además de cuyo establecimiento dijo uno de los agentes que habia otro de igual clase para las niñas de la misma edad, y otros varios para los adultos de los dos sexos, segun sus edades y condiciones: todos estos establecimientos, que añadió ser muy espaciosos y magníficos, han sido creados recientemente por disposición de la *Commune*.

—¡Dios mio! exclamé furiosa y fuera de mí, ¡me han robado mi hijo, mi consuelo, mi esperanza, mi vida, mi todo en este mundo! ¡Vamos al punto, dije á mi estupefacto marido, asiéndome de su brazo y tomando en la mano, sin detenerme á leerlo, el papel que me enseñaba el criado; vamos á buscar á nuestro hijo.—Y llevándolo yo á él, más bien que él á mí, salimos á la calle, y la casualidad hizo que encontrásemos un coche de plaza desocupado, en el cual entramos, diciendo al cochero que corriendo á todo correr, volando, nos llevase al establecimiento de los varones menores de diez años.

—Ya sé dónde es, contestó el cochero; están cerca unos de otros todos esos establecimientos.

—Y sin advertir á dónde ni por dónde, pues no estaba mi cabeza

para fijarme en ello, ni recordar ahora otra cosa sino que atravesé muchas calles, y que el punto donde paró era un descampado, fuera pero no lejos de Madrid, se detuvo á la entrada de un gran patio, más bien una especie de corralon, diciendo:

—Aquí es.

Y saltando del coche, entramos en el gran patio, dirigiéndonos á la conserjería, donde nos recibió un... iba á decir señor, pero no tenia nada de señor. Era un hombre ordinario, corpulento, de facciones toscas y muy pronunciadas, torva y siniestra mirada, barba larga y negra como el cabello, color moreno, modales groseros y bruscos, y de feroz aspecto en su conjunto. Alguna vez y en alguna parte, sin recordar cuándo ni dónde, sólo si que no era por cosa buena, lo habia yo visto: aquella cara no me era del todo desconocida.

—Buenos dias, le dije así que hubimos llegado á la habitacion en que estaba: deseamos ver á un niño que habrán traído esta mañana, á un hijo nuestro, llamado Manolito...

—Aquí no hay Manolitos, ni berengenas, señora mia, me contestó ásperamente el gaznápiro; aquí no hay más que NÚMEROS: dígame V. el número que tenga su hijo de V., y podré tal vez satisfacer á lo que V. desee. Al sacar el niño de su casa han debido dejar un papel en que se exprese el número que le tocaba.

—¡Un papel! Aquí está el papel, dije, conteniendo apénas la rabia que me produjo la grosera contestacion, y le mostré el papel que me entregó el criado, y que no habia yo leído aún.

El conserje lo tomó, y leyéndolo en tono y de manera que no se pudo entender, dijo que el niño tenia el número 139, añadiendo:

—Esta mañana lo han traído: se halla en el 4.º departamento, galeria 1.ª, que, mirela V., es aquella de enfrente: ya le han hecho la tonsura y acomodado el traje del instituto: los inspectores del establecimiento, quienes examinan y califican la aptitud de cada niño, destinándolo al oficio, arte ó profesion para que es á propósito, á uno á carpintero, á otro á cerrajero, á este á relojero, al otro á picapedrero, etc., han aplicado á su hijo de V. á zapatero...

Al llegar á este punto le interrumpi, exclamando:

—¿Qué está V. diciendo, hombre de Dios ó del diablo? ¡Mi hijo zapatero! ¿Qué tiene que ver nadie con el oficio, arte ó profesion á que se haya de dedicar mi hijo? ¿Pide alguien que lo admitan en un hospicio? Gracias á Dios, aún pueden mantenerlo sus padres, y estos quieren tenerlo en su casa, y nadie se lo puede arrebatar.

—Eso era en otros tiempos, señora; pero tal moda pasó ya: ahora se han puesto en práctica las doctrinas de un tal Platon, y de otros sabios antiguos, cuyos nombres no recuerdo en el momento, los cuales dicen que los padres no deben tener que ver nada con los hijos en una república bien gobernada, ni aún conocerlos siquiera, porque á la patria y no á los padres pertenecen aquellos: aunque eso de la

patria debe entenderse ahora por la *humanidad*. Así que no cuente V. con el suyo, señora mia, como no sea para verlo alguna vez, en los dias y á las horas que marcan los reglamentos, ó desde lejos y al traves de la verja, cuando están, como ahora, en aquella galeria baja: asómese V., que tal vez conocerá V. á su hijo.

Con el afan de verlo, no hice caso de las bestialidades que el feroz conserje acababa de pronunciar; y acercándome á la verja, dirigí la vista al grupo de niños que ocupaban la galeria, oí la voz de mi hijo,—sin ello no lo habria conocido,—que, al divisarnos, gritó, llorando, ¡mamá! ¡papá! y fijándome entónces en él y viéndolo rapado y vestido con una blusa azul, como los demas, ¡hijo mio! dije, dando un tremendo grito; y empujando fuertemente la verja, que se hallaba abierta, entré donde estaba mi hijo, estrechándolo instantáneamente en nuestros brazos y llenándolo de besos; grata ocupacion que interrumpió bien pronto la ferocidad del conserje, quien nos habia seguido, y luego que llegó á nosotros, asió á nuestro hijo para retirarlo de nuestros brazos.—¡Bárbaro! le dije entónces, dándole al fuerte empellon que lo hizo separar de nosotros, y excitando al propio tiempo á mi marido á que hiciese uso del revolver, lo cual fué imposible, porque habiendo llamado en su auxilio el impio conserje á los dependientes del establecimiento, que se hallaban inmediatos, y acudido nada ménos que seis, se apoderaron de mi marido y de mí, foreejeando por arrebatarlos el niño. Los lamentos que yo exhalaba en aquel critico momento, los gritos que daba, las lágrimas que derramaba, los esfuerzos que hacia, para que no me quitasen al hijo de mis entrañas, fueron tantos y tales, que pusieron término al horrendo sueño, y me hicieron despertar.... Incorporándome entónces, restregándome los ojos, ví que veía y que me encontraba en mi cama, y en mi casa; pero queriendo cerciorarme más de que todo habia sido un sueño, y principalmente el robo de mi hijo, salté de la cama, sin vestirme, y me dirigí á la habitacion inmediata, donde duerme aquel; y sin advertir que habia forzosamente de despertarlo, me estaba hartando de darle besos y abrazos, cuando mi marido, que desde su lecho, inmediato al mio, me observaba atónito y asombrado de verme obrar como una loca, ¿qué haces? ¿qué te pasa? me preguntó; habiéndole yo referido entónces el sueño que habia tenido.

Tal ha sido, mi querida amiga, ese sueño: ¿tengo razon en calificarlo de horrible? ¿Será, por ventura, un anuncio funesto de lo que haya de suceder algun dia, una vision fatidica de futuras realidades? ¡No lo permita Dios! ¡Que dejemos de ver la luz del dia ántes que vernos desalojados de nuestros hogares; sin Religion, sin familia y sin patria; despojadas de nuestras propiedades, privadas de nuestros maridos y nuestros hijos, y convertidos estos ¡qué horror! ¡en NÚMEROS! No, hija mia, esto no puede ser, esto no será; y para que no sea, y para adquirir la completa seguridad de que no habrá de ser, debe-

mos nosotras, las señoras, tomar parte activa en la cruzada que, iniciada ya, con verdadero patriotismo, para defender aquellos santos objetos contra las doctrinas y tendencias de la Internacional, debe llegar, y llegará á ser indudablemente, con nuestro auxilio, la union, la asociacion de todos los llamados á conservar los santos y legitimos intereses de la sociedad.

La cruzada á que aludo, según he llegado á saber, tiene ya una Asociacion organizada y una publicacion periódica: y en ellas dicen que nada hay de politica ni de especulacion; y llevan un nombre que no recuerdo, pero que suena así como á *proteger y salvar la sociedad* de sus peligros.

Sin duda deben de ser esos peligros aquellos de que hablaban los amigos de mi marido, y que me han producido la horrible pesadilla que he tenido la necesidad de narrarte para mi descanso, y que tú tendrás la paciencia de leer en estos desaliñados renglones que te envío. Si esa cruzada de veras existe, y es cosa tan seria y formal como su noble objeto indica, creo, amiga mía, que debemos ejercer toda nuestra influencia, tan grande como pueda ser, en favor de su elevado pensamiento.

Yo lo averiguaré con empeño; y quisiera que tú lo averiguases también: y si sale cierto, por nuestras relaciones, y con nuestra persuasion, y nuestros ruegos, y nuestro ejemplo, alentaremos á todos, para que se aumente el número de los soldados de ese ejército bienhechor: y nos haremos cuenta de que á la lista de las cuotas mensuales con que contribuimos para *buenas obras*, añadimos una pequeña ofrenda para ésta, que podremos tal vez llamar *la mejor de todas*.

En nombre de las madres, de las esposas, de las mujeres dignas, por cuya mente haya cruzado ó cruce el *espectro* de la Internacional, te ruego, hija mía, que me digas lo que piensas sobre lo que acabas de leer en estas líneas que te escribo. Eso dará consuelo en la grande afliccion y susto, que todavía siente, á tu siempre amiga, que te ama con ternura,

E.

¿Qué augura V., mi amigo y señor D. Francisco, de las manifestaciones de la ilustre dama incógnita?... ¿Si hablará de nuestra Asociacion y nuestra Revista LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD?... Si así fuese, ¡albricias! ¡albricias de todas veras! querido amigo; porque estando de nuestro lado esta poderosa ayuda y decisiva influencia, nuestra obra será una verdadera *defensa social*, terminante, universal, irresistible... A mí me tiene tan absorto, pasmado y estupefacto el suceso, que no me hallo aún recuperado de la sorpresa, ni en aptitud de hacer atinados pronósticos y calificaciones: y me apresuro á dar á V. noticia de lo que me ha pasado, aunque sea interrumpiendo nuestra correspondencia sobre otros interesantes puntos, con el deseo y la esperanza de que V. explique lo que en su muy recto é ilustrado juicio acierte á comprender, á este su siempre afectísimo amigo,

JUAN BRAVO MURILLO.

CRÓNICA Y VARIEDADES ⁽¹⁾

LA LECTURA DE LOS POBRES. Con este título damos hoy al público una *Hoja popular* (gratis), de la cual recibirá dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Rogamos á todos que propaguen su lectura, por cuantos medios juzguen oportunos, entre las clases trabajadoras de la sociedad.

Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, pueden hacer el pedido que gusten de estas Hojas populares, las cuales les serán remitidas, gratis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion, que continuará en adelante con los periodos convenientes.

Creemos que los asociados, los suscritores, y el público en general, verán confirmados con hechos (áun ántes de lo que era de esperar) los importantes ofrecimientos de «La Defensa de la Sociedad.»

El Director,
CÁRLOS MARÍA PERIER.

Contagio. La gran huelga de los 30 000 artesanos de Lóndres se ha comunicado rápidamente á los Estados-Unidos. El telégrafo dice que en Nueva-York, Boston, Filadelfia y todos los centros de América se pronuncian huelgas en todos los ramos de la industria y el trabajo. Sus pretensiones son más elevadas que en Europa, pues piden á un tiempo un 20 por 100 de aumento en el precio de la mano-de obra, y que las horas de trabajo diario sean nueve. Los desórdenes han sido grandes en muchas ciudades, y la policía tiene que custodiar las tabernas y talleres, cuyos dueños resisten estas exigencias. Se tienen las pruebas de que la Internacional no es ajena á la agitacion de la clase obrera en Inglaterra, como en América. No es posible, pues, que deje de hacer sentir su influencia en otras naciones. Los gobiernos europeos son cómplices de tanta perturbacion social.

Los constructores y maestros de obras de Berlin publicaron el 28 de Abril un aviso, en el que dicen que, unidos con los maestros carpinteros, despidieron el 27 á sus obreros, á fin de oponerse al terrorismo y á la dictadura democrática social de los trabajadores. Esto lo han hecho especialmente con relacion á las huelgas parciales contra patronos aislados y á la declaracion abusiva contra los patronos publicada por los obreros, y para evitar el aumento arbitrario de salarios y las demas concesiones que se exigian. Los constructores y maestros de obras invitan al público á que les apoye en sus medidas.

(1) Por la imposibilidad de dividir los artículos de la Seccion Doctrinal, ha sido preciso suprimir en el presente número de la Revista la Seccion Histórica, que continuará ocupando su lugar en los sucesivos.

Véase cómo los capitalistas y empresarios alemanes no alientan con su debilidad las maquinaciones internacionalistas; sino, por el contrario, oponen á ellas, como debiera hacerse en todas partes, una actitud digna y resuelta, que ayuda á ahuyentar las dificultades.

Efectos de las huelgas. A causa de la paralización de los trenes de Santander, el viernes, 21 de Junio, se vendía la merluza á seis cuartos libra en aquella costa, con grave perjuicio de los pobres pescadores, clase numerosa, digna de consideración.

Hé aquí las primeras consecuencias obtenidas por los que se declararon en huelga. Ellos sufren todo género de privaciones, y se las imponen á los demás.

En la Cámara popular de Inglaterra hubo, en fines de Abril último, una discusión sobre la Internacional. Uno de sus miembros preguntó al gobierno qué género de providencias pensaba adoptar contra una asociación cuyas ramificaciones eran cada día más extensas, y amenazaban la tranquilidad pública. Otro le contestó apreciando el asunto de muy diferente manera.

Mr. Fawcett dijo que no creía que el gobierno pudiera intervenir *legislativamente*, porque la Internacional está dentro de las leyes inglesas, no siendo una organización criminal; de consiguiente, si comete actos dignos de castigo, la ley ordinaria bastará para aplicarlo á los que delincan. No se contentó con esta teoría, sino que explicó á su manera las verdaderas causas á que debe atribuirse la Internacional, asegurando que, siendo las leyes impotentes, el mejor medio de combatirla está en la ciencia y en la discusión.

Así lo han defendido siempre todos los demócratas del continente. El ministro de lo Interior, Mr. Bruce, dijo que era de la misma opinión que Mr. Fawcett; añadiendo que de todos modos el único recurso eficaz contra dicha asociación era la buena educación del pueblo. Es, como si dijéramos, la receta de un grano de anís en presencia de las calamidades sociales con que amenaza la Internacional en todas partes.

Huelgas. Según leemos en una correspondencia, á pesar de haberse reunido los patrones de Berlín el 18 de Mayo, y haber acordado no acceder á las exigencias de los obreros constructores de máquinas, en vista de la actitud de estos, los patrones, según telegrama fecha 19, volvieron á reunirse, y resolvieron ceder algún tanto, reduciendo á 40 las horas de trabajo, conviniendo en fijar el salario según convenio mutuo, y acordando no dar trabajo durante dos meses á los obreros que tomen parte en la huelga. Al efecto, pedirán á todo obrero que solicite ser admitido en una fábrica un certificado del último patron para quien hayan trabajado.

Simultáneamente se han declarado en huelga los obreros constructores de máquinas en Londres y Berlín. Los patrones de Londres han propuesto el arbitraje para resolver sobre las reclamaciones de los obreros; pero estos se han negado á aceptarlo, y entonces los patrones han cerrado los talleres y han suspendido los trabajos á partir del día 19. En virtud de esta medida, quedan sin trabajo unos 25.000 obreros.